

Teoría Económica

ORIGEN Y PORVENIR DEL NEOLIBERALISMO*

Perry Anderson

Económicamente, el neoliberalismo ha fracasado. No consiguió ninguna revitalización básica del capitalismo avanzado. Socialmente, por lo contrario, ha logrado muchos de sus objetivos, creando sociedades notablemente más desiguales aunque no tan desestatizadas como pretendía. Política e ideológicamente, sin embargo, ha logrado un grado de éxito que sus fundadores probablemente jamás hubieran soñado, diseminando la sencilla idea de que no hay alternativa a sus principios.

Comencemos con los orígenes de lo que se puede definir como neoliberalismo, como fenómeno distinto de un liberalismo clásico. Nace inmediatamente después de la segunda guerra mundial. Es una reacción teórico-política contra el estado intervencionista y de bienestar. El objetivo era combatir el key-

nesianismo y el solidarismo y preparar las bases de otro tipo de capitalismo, duro y desregulado. En la polémica contra la regulación social, Hayeck y sus socios argumentaban que el nuevo capitalismo promovido por el estado de bienestar socavaba la libertad del ciudadano y la vitalidad de la competencia,

* Versión abreviada de la conferencia dictada en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) en septiembre de 1994 y que fue publicada en el Boletín de Informaciones de esa casa de estudios. El historiador británico estuvo en Buenos Aires invitado por Eural y FISyP.

de la que dependía la prosperidad de todos. Ellos mantenían la desigualdad desafiando el consenso oficial del tiempo. Con la crisis del modelo económico de posguerra en 1973, las ideas neoliberales ganaron rápidamente terreno. Las raíces de la crisis, decían Hayeck y sus colegas, se localizaban en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, más generalmente, en el movimiento obrero que había socavado las bases de la acumulación privada con su presión reivindicativa sobre los salarios y su presión parasitaria sobre el estado para sacar cada vez más gastos sociales a su favor. Ambos procesos destruyeron los niveles necesarios de ganancias de las empresas y desencadenaron procesos inflacionarios que no podían evitar caer en una crisis generalizada de las economías de mercado. El remedio, según ellos, era claro: volver hacia un estado mínimo, fuerte en su capacidad de romper el poder de los sindicatos y en su control del dinero, pero parco en todos sus gastos sociales e intervenciones económicas. La estabilidad monetaria debía ser la meta suprema de cualquier gobierno. Para alcanzarla era necesaria la disciplina presupuestaria, o sea, contención del bienestar y restauración de la tasa natural del desempleo. Una nueva y saludable desigualdad iba a dinamizar las economías avanzadas.

Ahora bien, ¿qué hicieron en la práctica los gobiernos neoliberales del período? En el caso de Gran Bretaña, el modelo más puro de neoliberalismo, contrajeron la emisión monetaria y alzaron las tasas de interés; rebajaron drásticamente los impuestos sobre los ingresos

altos; crearon millones de desempleados, aplastaron huelgas e impusieron una nueva legislación antisindical; cortaron gastos sociales y, finalmente, lanzaron programas amplios de privatizaciones, comenzando con la vivienda pública, prosiguiendo con las industrias básicas como el acero, el petróleo, el gas, la electricidad y el agua. Este paquete de medidas era el más sistemático y ambicioso de todas las experiencias neoliberales de la zona.

La variante norteamericana era bien distinta. Allí, donde no existía un estado de bienestar de tipo europeo, la prioridad neoliberal era más bien la competencia militar con la Unión Soviética, concebida como una estrategia para quebrar la economía soviética y, por esta vía, derrocar el régimen comunista en la URSS. Reagan también redujo los impuestos en favor de los ricos, alzó las tasas de interés y aplastó la única huelga seria de su presidencia. Pero Reagan no respetó la disciplina presupuestaria; al contrario, se lanzó a una carrera armamentista sin precedentes, creando un déficit público mucho mayor que cualquier otro presidente de la historia norteamericana.

El neoliberalismo practicado en Europa era más cauteloso y matizado que en las potencias anglosajonas, poniendo énfasis en la disciplina monetaria y en las reformas fiscales más que en los cortes brutales de gastos sociales o enfrentamientos deliberados con los sindicatos. Sin embargo, la distancia entre estas políticas y las de la socialdemocracia anterior era grande. Por primera vez, gobiernos llamados eurosocialistas (Mitterrand

en Francia, Felipe González en España, Suárez en Portugal, Benito Craxi en Italia y Papandreu en Grecia) comenzaron a aplicar medidas neoliberales.

Ahora bien, ¿cuál ha sido el balance efectivo de la hegemonía neoliberal en el capitalismo avanzado durante los años '80? ¿Ha cumplido con sus promesas? Veamos.

La prioridad más inmediata del neoliberalismo era detener la gran inflación de los años '70. En eso, su éxito ha sido innegable. En los países de la OCDE, la tasa media de inflación cayó 5 por ciento en los años '80 y siguió cayendo en los '90. La deflación, a su vez, debía ser la condición para la recuperación de las ganancias. En esto, también el neoliberalismo fue exitoso. La razón principal de esta transformación ha sido, inequívocamente, la derrota del movimiento sindical, expresado en la caída dramática en el número de huelgas y una contención notable de los salarios. La tasa media de desempleo en la OCDE, que había sido de alrededor de 4 % en los '70, se duplicó en los ochenta.

Finalmente, el grado de desigualdad, otro objetivo del neoliberalismo, aumentó precipitadamente. En todos estos aspectos —deflación, ganancias, desempleo, salarios—, podemos decir que el programa neoliberal se mostró realista y exitoso. Sin embargo, el fin histórico de alcanzar una reanudación del capitalismo avanzado en escala mundial restaurando tasas altas de crecimiento estable ha sido absolutamente decepcionante. Entre los años '70 y '80 no hubo ningún cambio significativo en la tasa media de crecimiento. En el mundo

capitalista avanzado en su conjunto, las cifras son de un incremento anual del 5,5 % aproximadamente en los años '60, del 3,6 % en los '70 y de 2,9 % en los años '80. ¿Cuál ha sido la razón principal de este resultado paradójico. ¿Por qué, entonces, la recuperación de las ganancias no se convirtió en un respaldo a la inversión?

Esencialmente, porque la desregulación financiera, que fue un elemento muy importante de todo el programa neoliberal, ha creado condiciones mucho más propicias para la inversión especulativa que productiva. En los años '80 han visto una verdadera explosión de los mercados internacionales del cambio, cuyas transacciones monetarias achican a las del comercio mundial de mercancías. El peso de operaciones puramente parasitarias se incrementó vertiginosamente en estos años. Por otro lado, el segundo fracaso del neoliberalismo es que el peso del estado de bienestar no ha disminuido mucho a pesar de todas las medidas tomadas para contener los gastos sociales. La tasa de crecimiento de la proporción del PBN consumido por el estado, no obstante, decreció notablemente. Pero la proporción absoluta no cayó sino que aumentó en estos años: del 46 al 48 % del PBN medio de la OCDE. Dos razones básicas explican esta paradoja: el aumento social del desempleo con un costo de miles de millones en seguridad social y el aumento demográfico de los jubilados en la población, con otros miles de millones en pensiones. Con la recesión de los primeros años de la década del '90, entonces, todos los índices económicos se volvieron muy som-

bríos en los países de la OCDE, donde actualmente la desocupación alcanza a 28 millones de personas.

En estas condiciones de crisis muy aguda se hubiera podido esperar una reacción fuerte contra el neoliberalismo. Sucedió, sin embargo, lo contrario; el neoliberalismo ganó un segundo aliento, por lo menos en Europa. Ahora bien, ¿cómo explicar este hecho? Una de sus razones fundamentales ha sido claramente la victoria espectacular del neoliberalismo en los países del Este europeo y el ex mundo soviético, justo en el momento en que los límites del neoliberalismo en Occidente se volvían cada vez más obvios.

Pero también el neoliberalismo no tardó en llegar a América latina, que hoy se ha convertido en el tercer gran escenario de experimental neoliberal. En este caso, la pregunta que queda abierta es si el neoliberalismo encontrará más resistencia en América latina que en Europa o en el ex mundo soviético. ¿Será el populismo latinoamericano un obstáculo más fácil o más difícil para la realización de sus planes que la socialdemocracia eurocomunista o el comunismo burocrático?

En este sentido, cualquier balance del neoliberalismo hoy sólo puede ser provisional. Este es un movimiento con un futuro inacabado. Por el momento, sin embargo, es posible dar un veredicto sobre su actuación durante casi quince años en los países más ricos del mundo, única área donde sus frutos aparecen maduros.

Económicamente, el neoliberalismo ha fracasado. No consiguió ninguna revitalización básica del capitalismo avanzado. Socialmente, por

lo contrario, ha logrado muchos de sus objetivos, creando sociedades notablemente más desiguales aunque no tan desestatizadas como pretendía. Política e ideológicamente, sin embargo, ha logrado un grado de éxito que sus fundadores probablemente jamás hubieran soñado, diseminando la sencilla idea de que no hay alternativa a sus principios. Probablemente, ninguna sabiduría convencional alcanzó un predominio tan ubicuo. Tal fenómeno se denomina hegemonía, aunque naturalmente millones de personas no creen en sus recetas y resisten sus regímenes.

He focalizado y enfatizado deliberadamente la fuerza, tanto intelectual como política, del neoliberalismo, su energía y su intransigencia teórica, porque creo que es necesario e imprescindible subrayar estos trazos si queremos combatir eficazmente, a corto y a largo plazos, el neoliberalismo. En este sentido, si queremos orientarnos en la lucha política, no debemos olvidar tres lecciones básicas dadas por el propio neoliberalismo. Primera lección: no tener ningún miedo de estar absolutamente a contracorriente del consenso político del tiempo. Hayeck, Friedman y sus socios tuvieron el mérito, bien entendido a los ojos de cualquier burgués, de plantear una crítica radical del *statu quo* cuando hacerlo era muy impopular y de perseverar en una postura marginal durante un largo período, cuando la sabiduría convencional los trataba como excéntricos o locos. Segunda lección: no transigir en ideas, no aceptar ninguna dilución de principios. Las teorías neoliberales han sido extremas, marcadas por una falta

de moderación, un iconoclastismo chocante para los bien pensantes, aun para los conservadores. Pero no han perdido eficacia por eso. Por lo contrario, fue precisamente el radicalismo, la dureza intelectual del temario neoliberal lo que le aseguró una vida tan vigorosa y una influencia tan abrumadora.

Tercera lección: no aceptar ninguna institución establecida como inmutable. Cuando el neoliberalismo era un fenómeno políticamente menospreciado en los años '50 y '60, parecía inconcebible al consenso de ese tiempo crear un desempleo de unos 40 millones de personas en los países ricos sin provocar trastornos sociales. E igualmente impensable era redistribuir ingresos de los pobres a los ricos en nombre del valor de la desigualdad. Parecía inimaginable privatizar no sólo acero o petróleo sino también agua, correo, hospitales, escuelas y hasta

cárceles. Pero, como sabemos, todo esto se comprobó factible cuando la relación de fuerzas cambió con la recesión.

El mensaje del neoliberalismo ha sido, en este sentido, electrizante en sociedades capitalistas somnolientas. Ninguna institución, por consagrada y familiar que sea, es en principio intocable. El paisaje institucional es mucho más maleable de lo que se cree. Esto, bien entendido, también es un viejo tema marxista: todo lo que es sólido se desvanece en el aire, proclamó ya el *Manifiesto Comunista*.

Ahora bien, una vez recordadas las lecciones del neoliberalismo, cómo sintetizar la conclusión más general. Precisamos de un espíritu sin complejos, seguro, agresivo, no menos alegremente truculento que lo que era el neoliberalismo a su modo. Esto sería lo que un día, tal vez, se llame un neosocialismo.



- **Tercer milenio. Las nuevas contradicciones**
- **CUBA HOY. Tres historias de balseros.**
Atrapados sin salida
- **Medidas de mercado para que sobreviva la revolución.**
- **España. Final de etapa.**

PIDALA
EN LOS KIOSKOS
Números anteriores:
Av. de Mayo 1370. P.14
Oficinas 355/356 (1085)
Capital Federal - 383-4777